III

—Vamos, señor Prévinquieres, si le complace, y á no ser que esté usted muy cansado, es preciso que baile usted conmigo.

—Condesa, cuando se trata de demostrarle mi obediencia, yo estoy siempre dispuesto.

Mauricio ofreció sonriendo el brazo á la condesa Grodsko, y como la señora Prévinquieres preludiaba un vals brillante, la joven y el hijo de la casa empezaron á bailar.

En el salón de Beaumont se reunió aquella noche muy selecta concurrencia. Los castellanos de las cercanías habían acudido, y entre éstos y los parisienses, huéspedes de Prévinquieres, reinaba la mayor intimidad. Las recepciones se sucedían regularmente en aquel rincón de provincia, y los cazadores se encontraban casi siempre en las mismas partidas de caza. El barón Trésorier, el agente de cambio, hablaba con Lermont, que ha colocado en Francia el arte del tiro y de la batida á la misma altura que Lord de Grey en Inglaterra. La Bréde y de Tremblay, cazadores alegres, sin los cuales no podían verificarse las partidas de Beaumont, descansaban tumbados

en un sofá de las fatigas del día, cuando Rosa se dirigió con decisión á ellos conminándoles á que abandonasen su cómoda postura, y á que sin pérdida de tiempo hiciesen bailar á las hijas del procurador de la República, que no deseaban otra cosa.

La Bréde exhaló un suspiro y se levantó con resignación, pero de Tremblay se preparó á resistir.

—¡Cómo! ¿Bailar cuando apenas nos levantamos de la mesa? ¿Sin darnos tiempo para respirar? Aquí no se puede descansar un momento. Cinco horas á pie recorriendo la vasta llanura, un cuadro de doscientas cincuenta perdices, y todavía se nos niega el derecho á descansar después de comer. Sepa usted, encantadora niña, que pediré una indemnización á su señor padre.

—Vamos, vamos. Mire usted con cuánta impaciencia me espera el marqués de Condottier.

—¡Diablo! Si yo la esperase también estaría impaciente. Pero usted me ofrece una de las hijas del administrador de justicia del lugar. La ironía es amarga. En fin, yo estoy aquí para los trabajos de carga, ¿no es eso? Allá voy.

—¿Porqué te quejas?—dijo La Bréde encogiéndose de hombros.—Demasiado sabes que al fin no tendrás más remedio que sacrificarte.

—¡Toma! Entretanto gano tiempo.

De pie en medio del salón, el elegante Condottier esperaba efectivamente á Rosa y fijaba

en los asistentes una mirada de triunfo. Tenía la seguridad de que la señorita Prévinquieres le daría una respuesta favorable, pues había estrechado el cerco tan atrevidamente que, según su opinión, no habría de tardar en rendirse.

Verdaderamente el joven Marqués era un hombre admirable. Sacaba todo el partido posible del encanto que la elegancia puede añadir á la gracia natural. Nadie se vestía como él, ni se ponía una levita de nuevo corte, ni lanzaba un pantalón con tanto arte para imponer su gusto. Delgado, alto, ágil, moreno, con ojos de meridional y dientes que brillaban bajo el bigote peinado á la borgoñona, era el príncipe de la juventud. Una mujer que desease ser la reina de la moda, no podía elegir compañero más á propósito para asegurar su supremacía.

Todas estas cosas se las decía Rosa cuando, después de haber puesto en movimiento á los dos cazadores, se dirigía hacia él, y no sin cierta satisfacción contemplaba al elegantísimo joven que en medio del salón se movía con tanta libertad que parecía colocado en aquel sitio para que lo admirasen mejor, y su aislamiento semejaba un distintivo de superioridad. Dirigiéndole una sonrisa, el Marqués le tendió la mano, con el brazo derecho rodeó el talle de la joven, y con agilidad y ligereza le hizo seguir el ritmo del vals trazando caprichosas y armónicas curvas.

Prévinquieres estaba sentado junto á una ventana y conversaba con un joven, al que hizo que se fijase en la elegante pareja:

—Verdaderamente, son dignos de que se les admire...

—¡Ah! ¿Lo confiesa usted al fin?

—Mi querido Barón, no soy ciego, pero tampoco me dejo alucinar. Ese muchacho es muy elegante, pero no me sirve.

El barón Folentin de Rocher hizo una mueca significativa:

—¡Diantre! Yo sé que es usted un hombre serio, y yo lo soy también. Pero con eso no consigue usted que Condottier no sea en extremo seductor. Usted mismo se ha visto obligado á reconocer que produce un efecto extraordinario.

—Creo que mi hija le ayuda en algo.

—Sin duda la señorita Prévinquieres es en su género tan seductora como el Marqués. Formarían una pareja admirable...

—A la que serían precisos para vivir doscientos mil francos, y todavía contraerían deudas...

—Deudas que pagaría usted, y en cuanto á los doscientos mil francos...

—Alto ahí, Folentin. No vaya usted á figurarse que estoy loco. Poseo una gran fortuna, usted lo sabe porque es mi banquero; pero con todo, mis medios no me permiten sostener otra casa como la mía. Tengo un hijo imbécil que me cuesta bastante caro...

—Vamos, señor Prévinquieres, no trate de en-

ternecerme. Yo sé que no gasta usted la renta y que todos los años aumenta el capital.

—Sí, y Valentín Raynaud se va.

—¿Con ese endiablado americano que me ha presentado usted hace un momento y que tira tan bien?

—Sí, con Ralph Evans.

—Raynaud es un muchacho excelentísimo y honrado; pero la fábrica marchaba admirablemente antes que él la dirigiese, y seguirá marchando lo mismo.

—¿Será Condottier quien la dirija?

—Eso sí que no. Condottier es un buen chico que sabe más de lo que parece, y su hermana es una mujer encantadora...

—Vamos, Folentin, yo no le pido que me cuente sus aventuras amorosas.

—¡Oh! No crea usted nada de cuanto se dice de mí y de la condesa Grodsko. Ni siquiera se me ha pasado por la imaginación. Ya no estoy en la edad en que las mujeres impresionan.

—¿Cuántos años tiene usted, Folentin?

—Treinta y seis.

—¿Y solterón empedernido?

—Hasta que encuentre la mujer de mis sueños.

—¿Cómo debe ser?

—No es fácil explicarlo. Hablando con sinceridad, puedo asegurar que todavía no he encontrado ninguna que me haya parecido valer lo necesario para hacerme perder la libertad.

—Lo que acaba usted de decir no es muy halagador para mi hija.

—¿Me la daría usted?

—Empiece por pedirme su mano.

—¡Diablo! No es precisamente de eso de lo que se trata.

—Entonces, ¿de qué?

—De una comisión muy delicada que para la señorita Prévinquieres me han encargado.

—¿Quien?

—Condottier.

—¿Le ha pedido que sea usted su intermediario?

—Un poco más, diría usted su corredor.

—¿No se tiene por bastante hombre para hablar por sí mismo?

—Crea usted que debe haberlo hecho en todos los tonos y en todas las formas. Fíjese usted en él, ahora que está bailando con su hija. Hablan, ríen ¿de qué quiere usted que se ocupen sino es de cosas de amor?

—Y bien...

—Pues bien. Parece que la señorita Rosa ríe, bromea, tal vez demasiado á juicio de mi amigo, y no se decide á conceder crédito á las apasionadas confesiones que le hace. De modo que, resuelto á todo y antes que dirigirse oficialmente á usted, Condottier desea que un hombre serio, con el que seguramente no se atreverá á bromear, yo, en fin, hable algunos instantes con la señorita Prévinquieres.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—¡Maravilloso! ¿Quiere usted que le diga lo que pienso, Folentin? Mi hija es demasiado inteligente; hasta ahora ha rechazado admirables partidos, y no se dejará alucinar por un joven como el Marqués. Mire, el vals ha terminado, y la ocasión no puede ser mejor. Vaya usted á reunirse con mi hija, dígale cuanto tenga que decirle y sea elocuente, la condesa Grodsko se lo agradecerá.

—¿Todavía? Después de todo me es igual. No hay ofensa en eso.

Folentin se había puesto de pie, y se dirigió hacia Rosa, que en el centro de un grupo formado en medio del salón, y algo sofocada por el baile, hacía que los rizos que caían sobre su frente se agitasen con el aire de un abanico de encajes.

—¡Como! señor de Rocher, ¿quiere usted bailar?—preguntó Rosa alegremente haciendo una reverencia al Barón.

—Yo la invitaría á bailar como cualquier otro, señorita—contestó Folentin—si pensase que ello había de proporcionarle una satisfacción.

—Tú debes saber, Folentin—dijo La Bréde—que nosotros pertenecemos á la primera reserva; de modo que si la patria estuviese en peligro, nos faltaría tiempo para volar á la frontera.

—Nosotros no somos viejos—añadió de Tramblay—pero esos señores son unos chiquillos.

—De lo que están muy contentos—replicó Condottier.

Siguiendo la broma, Folentin había cogido á Rosa de la mano obligándola á que se apoyase en su brazo. De este modo la llevó hasta el saloncito contiguo.

—¿Quiere usted decirme qué propósito le anima al alejarme del salón?—preguntó la joven.

—El de hablarle confidencialmente si usted no se opone.

—¡Cuánta gravedad! Verdaderamente parece usted un diplomático.

—Nada de palabras sonoras—replicó riendo Folentin.—Escúcheme con atención, pues la cosa lo merece. Vengo de parte de Condottier.

—¡Ah! Cuando hace un momento bailábamos, no empleaba la solemnidad que usted.

—Debido á que me había dado poderes para hablarla formalmente.

—Entonces, ¿de qué me va usted á hablar?

—De su amor y del proyecto que ha formado de hacerla su esposa.

—Me parecen demasiadas cosas—dijo Rosa.—Con respecto á su amor me ha dicho cuanto es posible decir. En cuanto á su proyecto...

—Es la consecuencia.

—Para él tal vez, pero ¿para mí?

—¡Cómo! ¿No ha pensado usted más que en flirtear con ese muchacho? ¿Qué se proponía cuando le animaba para que le hiciese la corte?

—¿Animarle? Lo ha dicho usted muy de prisa. ¿Le he animado alguna vez? ¿Qué entiende usted por esto?

—Confieso que es algo complejo; pero á juzgar por lo que dice el Marqués...

—He tratado al Marqués del mismo modo que á tantos otros que suspiraban como él, dándole alguna preferencia, nada más. ¿Qué ha podido encontrar en eso?

—No le ocultaré que está entusiasmadísimo. Le conozco bien, y nunca le he visto como ahora. No le creía capaz de tanto entusiasmo.

—Pues bien, que lo conserve.

Folentin se estremeció y fijó en Rosa una mirada que revelaba el mayor asombro.

—¿Ese es su estado?...

—Según los modernistas debe decirse estado de alma—dijo alegremente la joven.

—¿No se ha emocionado usted?

—Absolutamente nada.

—¡Qué decepción para Condottier! ¡Él que creía!...

—¿Que el terreno estaba mejor dispuesto? Pues se ha equivocado.

—¿No es su ideal?

—De ninguna manera.

—¿No podría hacer méritos para mejorar su posición?

—Carece de medios.

—¿Qué le sería necesario para conseguirlo?

—Todo lo que le falta. Formalidad, fortuna, porvenir. No, Barón; examine con detención al Marqués; es encantador, de acuerdo, pero es un tarambana.

—¡Caramba!—repitió Folentin emocionado.

—¿No es así, poco más ó menos—dijo Rosa con dulzura—como ustedes llaman á los buenos mozos que tienen cierto partido entre las mujeres, pero que se les trata sin consecuencias? No se escandalice usted al oirme hablar de esta manera. Tengo un hermano, un padrino y un padre que hablan delante de mí, y no soy sorda ni... En fin, sé muchas cosas que me ilustran respecto á la situación de Condottier, y que me prueban claramente que no es el hombre que debo tomar por marido. Es todo lo contrario.

—¡Ah!—dijo Folentin, cambiando de actitud. —Lo que usted me dice, Rosa, es extraordinario, verdaderamente extraordinario. No la creía tan firme en sus resoluciones, y sobre todo, tan razonadora. Si no es abusar de su complacencia, ¿puedo suplicarle que me diga el hombre á quien daría su mano?

Y hablando de este modo examinaba á la joven con atención, en la que más bien que el hombre de mundo, despreocupado, se manifestaba el hombre de negocios, reflexivo. Vivamente, y como para quitar importancia á su pregunta, añadió:

—Es preciso que comprenda que, ya que no

otra cosa, tengo que dar al pobre Condottier buenas razones.

—Nada más fácil que satisfacerle. Me bastará con repetirle lo que ayer dije delante de mister Evans, que poco más ó menos me preguntó lo mismo que usted...

—¿De veras? Es curioso. ¿Lo hizo quizá con segunda intención?

—Lo ignoro, pero me parece que no. Es un extranjero al que el estudio de las costumbres francesas le interesa, y que se informaba del estado de espíritu de las jóvenes casaderas, haciéndome charlar. Por lo menos, eso es lo que me pareció.

—¿Y usted le dijo?...

—Nada extraordinario. Debí parecerle algo tonta porque se fué en seguida. Le declaré sencillamente que tan solo me casaría con un completo hombre de mundo; es decir, que reuniese las condiciones de fortuna, buen gusto, talento, perfecta educación y muy buenas relaciones. Eso es todo. Mister Evans me miró con desprecio, y en sus ojos leí que no le merecía la menor estima.

Folentin permaneció un instante reflexionando, y luego dijo:

—Pero usted no habla más que de cualidades morales. ¿Cómo tendrá que ser físicamente la persona que usted elija?

—No es la belleza lo que me seduce; con que no sea feo, si es distinguido bastará.

Folentin palideció, y las palabras se anudaron en su garganta. Al fin, y después de hacer un esfuerzo, pudo decir:

—¿Y... en cuanto á la edad?

—¿La edad? Eso dependerá de la situación del pretendiente. Por regla general no se sabe lo que un hombre puede dar de sí antes de los treinta años.

—¿Verdad?—exclamó Folentin, cuyo rostro se iluminó repentinamente.—Al fin encuentro una mujer que sabe comprender la vida. ¿Qué son treinta... ó treinta y cinco años para un hombre?

Miró de lado á Rosa, y viendo que no protestaba no quiso llevar más lejos aquel examen de conciencia. Con jovialidad añadió:

—Ahora comprendo porqué Condottier no puede tener ninguna esperanza. Sí, su espíritu lúcido y firme se da cuenta con demasiada exactitud de las exigencias sociales, para dar esperanzas á ese buen mozo, que no es más que un buen mozo. Pero si se encontrase un candidato que aproximadamente correspondiese á su programa, porque la perfección no es de este mundo, ¿podría arriesgarme á presentárselo?

—¡Cómo! Usted, un solterón empedernido, un solterón, ¿se dedicará ahora á reclutar gente para el matrimonio? Esto no está de acuerdo con sus principios, á no ser que el matrimonio, que juzga malo para usted, lo considere bueno para los demás.